

1817 – RUSIA Y EL RIO DE LA PLATA

Alfonso Fernández Cabrelli*

Dos documentos inéditos y un misterioso embajador

“Porque la antigua Roma se derrumbó a causa de la herejía de Apolinario, y porque la Segunda Roma que es Constantinopla está ahora en posesión de los turcos infieles, tu gran reino, oh piadoso Zar, es la Tercera Roma . . . Tu eres el único soberano cristiano en el mundo, el amo de todos los fieles . . .” (1586 – Mensaje del Patriarca Ecuménico Jeremías al Zar ruso. Cita Toynbee en Estudio de la Historia, T. VII, 1ª parte, pag. 66).

“En la tierra actualmente dos pueblos grandes que partidos de diferentes puntos parecen avanzar hacia el mismo blanco, tales los rusos y los angloamericanos . . . Su punto de partida es diferente, sus caminos son diversos; cada uno de ellos empero parece llamado por un secreto designio de la Providencia a asir algún día el destino de la mitad del mundo.” (1834 – Alexis Tocqueville, De la Democracia en la América del Norte, T.II, pags. 487, 488).

Ubicación del tema

En 1817, a casi dos años de la desaparición de Napoleón del escenario europeo, la reacción absolutista, planeada e impulsada por la Santa

Alianza, restauraba monarquías y perseguía tenazmente a hombres y asociaciones liberales en todos los países del Viejo Continente; entretanto preparaba medidas concretas para ayudar a España en su empeño por aplastar la insurrección de sus colonias americanas.

El papado procedía a rehabilitar a la Compañía de Jesús; Fernando VII, reinstalado desde 1814 en el trono español, había repudiado la Constitución de Cadiz y resucitado el Santo Oficio de la Inquisición; perseguía inclemente a los elementos liberales y preparaba una poderosa expedición militar destinada a liquidar la revolución emancipadora americana proyectando, como primera medida, recuperar posiciones en el Río de la Plata.

Rusia era el creciente factor que emergía en la Europa Continental. El emperador Alejandro, en ascenso su prestigio luego de la victoria obtenida sobre los ejércitos napoleónicos, multiplicaba sus esfuerzos diplomáticos dirigidos a agregar nuevos estados a la Santa Alianza. Procuraba de esa forma modificar a favor de sus proyectos imperiales la ecuación de fuerzas existente desde la Cuadruple Alianza (Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia). Inglaterra era la potencia que había que superar y para ello el Zar, luego de lograr que Francia, vuelta al régimen absolutista, ingresara en la Alianza, buscaba un acercamiento con España.

En nuestra América, mientras Bolívar y otros jefes patriotas reactivaban la lucha independentista con revonado ardor y el valioso aporte de numerosos oficiales europeos que venían de participar en las guerras napoleónicas, aquí, Artigas y las milicias de su Liga resistían la invasión contrarrevolucionaria portuguesa, y en la Argentina (Provincias Unidas) la gente de la Logia Lautaro sanmartiniano-pueyrredonista trataba de instaurar un régimen monárquico constitucional mientras que en el Brasil la monarquía absolutista portuguesa, con la interesada colaboración de los agentes británicos, aplastaba el levantamiento republicano organizado por elementos francmasónicos pernambucanos.

1. Los documentos

Así las cosas en aquel año de 1817 y a esa altura de la pugna entre el decaído poder metropolitano español y el revitalizado empuje emancipador de sus colonias, es que se ubican los proyectos de que nos dan cuenta dos documentos inéditos conservados en nuestra Biblioteca Nacional (Sec. Materiales Especiales, Correspondencia de Francisco Juanicó) que motivan este artículo.

Esos papeles son: una nota sin firma y una extensa carta enviadas desde Río de Janeiro, donde se hallaba de paso para la Península, por don

Antonio Garfias a don Francisco Juanicó, residente en Montevideo.

Antonio Garfias era una representativa personalidad española que había actuado en nuestra capital y que en 1811, junto con José Acevedo y Miguel Sierra, había representado a Elfo en las negociaciones entabladas con la Junta de Buenos Aires tendientes a obtener el levantamiento del sitio a que estaba sometida la plaza, en cuanto a don Francisco Juanicó, se trataba de un activísimo comerciante mahones, quizá el más destacado de entre aquellos emprendedores personajes (Cipriano de Melo, Francisco Aguillar, Massini, Joaquín de la Sagra y Periz, Luis Goddefroy, etc.) llegados a la Banda Oriental entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, atraídos por las facilidades acordadas al comercio por las nuevas leyes de Carlos III y por las posibilidades que ofrecía el floreciente puerto oriental, obligada boca de salida de las riquezas de la América Meridional.

Las noticias que allí se nos proporcionan están avaladas tanto por la notoriedad del corresponsal que las transmitía, como por los hechos históricos que voy a reunir en esta nota. Ellas nos revelan los extremos a que estaban dispuestas a llegar los absolutistas metropolitanos, en su empeño (detrás del cual, además del orgullo nacional, estaban las presiones de los comerciantes monopolistas peninsulares) por liquidar la justa insurgencia americana, afán al que (justo es decirlo) tampoco habían escapado los gobernantes liberales de la Junta de Cádiz, después las del trienio (1820-1823¹ Pasemos ahora a examinar el texto más detonante aquel que está contenido en una corta nota (sin fecha y de puño y letra de don Antonio Garfias aunque sin su firma) que en un pequeño trozo de papel luce a fojas 821 del t.V de la papelería del mencionado comerciante. Este billete aparece a continuación de una carta escrita por amanuense, que el mismo corresponsal envía a Juanicó y que lleva fecha del 15 de junio de 1817 (fs. 819 y 820) y antecede a otra carta, esta de puño y letra y con la firma de Garfias, también para el mismo destinatario, que ha sido mal intercalada porque es de fecha 6 de junio (Fs. 823), en la que encontramos datos importantes referidos al mismo tema que aborda el billete no datado.

De cualquier manera, como esta relación epistolar cesa en ese mes de junio, puede suponerse con poco margen de duda que la esquila de marras fue remitida en ese mes; por otra parte, como veremos enseguida, las noticias contenidas en ambos documentos están estrechamente relacionados, por referirse ambas a los vínculos político-militares de la monarquía española y el imperio ruso en lo que tiene que ver con la situación existente en el Rio de la Plata.

Dije que la noticia más trascendente está contenida en la nota de fojas 821 que dice así: "*Se positivo que nuestros Rey ha ofrecido Mayorca (sic) al Emperador de Rusia con tal que este proporcione a aquel todas las*

embarcaciones de guerra, armas y demás pertrechos que se necesitan para armar expediciones con destino a la completa pacificación de las Américas. No se sabe el resultado de la propuesta."

Asombra la importancia del ofrecimiento que se atribuye al rey español, nada menos que la isla de Mallorca, la mayor de las Baleares, con una superficie de 3.625 km², en la que se encuentra la ciudad y puerto de Palma capital del archipiélago. Territorio, este, que pertenecía al reino de Aragón desde el siglo XIII y que constituye superior posición estratégica en esa zona del Mediterráneo. Si bien es cierto que la propuesta, en aquello que concierne a la contraprestación española, no se podrá tener por segura a menos que aparezca el documento oficial en el que ella pueda haber quedado asentada, el hecho de que la información fuera transmitida con un concluyente "*Se positivo*" por un personaje relevante, de probada lealtad a la corona y que en la época de escribir na nota estaba directamente relacionado con el Embajador hispano ante la Corte portuguesa, dá a la noticia el viso de seriedad suficiente como para suponerla, sino absolutamente cierta y probada, al menos como circulada y creída en los círculos españolistas de Rio de Janeiro.

Lo que sí es seguro es que las tratativas entre la monarquía española y el Zar ruso, — encaminadas a la obtención de apoyo militar para reprimir la insurgencia americana —, existieron y esa ayuda se concretó en ese tiempo por medio de la entrega de barcos que, por cierto, tuvieron desgraciado fin.

Al respecto, Raymond Carr en su extensa obra *España 1808-1975*, al tiempo que alude a la forma extravagante como Fernando VII manejaba los asuntos del Estado en ese período, dedica una referencia a aquel negocio: "*Los Ministros eran directamente responsables ante el monarca; podían ser destituidos y caer en desgracia de repente, y eran mantenidos en una ignorancia total acerca de lo que hacían sus colegas. Cuando Cevallos fué Ministro de Asuntos Exteriores estuvo cuatro meses sin saber que España había "entrado" en la Santa Alianza. El Ministro de Marina no fué informado de la compra de barcos rusos. Cuando insistió en que los buques aludidos fueran examinados hubo de dimitir.*"²

Sobre esta misma operación encontramos noticia en la obra de Francisco Jose Urrutia, "Los Estados Unidos de América y las Repúblicas Hispano-Americanas de 1810 a 1830" donde (pags. 153-154) se transcribe una comunicación cursada el 19 de mayo de 1818, desde Filadelfia, por Lino Clemente, — militar y diplomático colombiano acreditado ante el gobierno norteamericano —, a Bolívar. En la Post data de esa carta se lee: "*Según noticias fidedignas de los sujetos que han llegado ultimamente de Cádiz, he sabido que se habían hecho reconocer hasta tres navios compra-*

dos ultimamente a los rusos, los que se habían declarado en mal estado para un nuevo viaje sin procederse a cuarentena; que la mayor parte de los buques mercantes dispuestos para transportes habían ido a conducir a los rusos venidos en los expresados buques, pero que sin embargo se hablaba de expedición a la América.”

Se puede apreciar que, tanto lo que afirma Carr, — con el apoyo de historiadores de España y Alemania como lo que informa de Clemente a Bolívar, hacen referencia a una operación de compra, lo que no descarta que haya existido, sin ser aceptado, el ofrecimiento a que alude Garfias en el papel que estamos comentando.

Sea como sea, la participación rusa en el caso, — derivada de su interés en asumir principal protagonismo en los asuntos europeos —, con ser conocida, está además perfectamente documentada; enseguida veremos como ese interés abarcaba también, desde aquel tiempo, el área rioplatense.

En cuanto al segundo documento, — carta del 6 de junio, extensa y detallada a que ya se aludió —, decía en los párrafos que interesan al caso: *“Por las noticias que hemos recibido de Buenos Aires por la Ferret estoy persuadido que el estado de esa Plaza. [se refiere a Montevideo donde radicaba entonces Juanicó] en cuanto a víveres habrá mejorado algun tanto, pues se asegura que han ido a esa dos cargamentos de trigo y algunos comestibles. Juzgo igualmente que pronto mejorará en otros particulares porque he llegado a comprender que este gobierno con el de Buenos Aires han quedado ultimamente de acuerdo en los medios de destruir a Artigas y tranquilizar la campaña oriental. Y aun cuando este convenio no tuviese todo su efecto por ahora, debe Ud. creer que el gobierno ingles se ha comprometido ya a tomar parte muy activa en los asuntos de esa provincia y demás del Rio de la Plata. La Rusia, Prusia y Alemanha han metido también la mano en ellos, dejando al gobierno ingles que obre por sí sólo de conformidad con todas las referidas potencias. Esta mediación se sabe de oficio y no ignoramos tampoco que vienen muy luego diputados de la Europa al efecto. Tenga Ud. la bondad de no darme por autor de estas noticias para cortar comprometimientos. La demás las sabrá Ud. por nuestro amigo Alvarez [posiblemente don Julian Alvarez, amigo y “hermano” de Juanicó] a quien en esta misma fecha pido las taslade a UD.”*

Compruébase aquí la excelente información de que disponía Garfias, — sin duda su fuente era la propia embajada de España en Rio —; los embarques de trigo y alimentos desde Buenos Aires para Montevideo, por entonces estrechamente sitiada por los patriotas artiguistas, a que alude el corresponsal de Juanicó son los que dieron lugar a una fuerte reclamación de Artigas ante el Director Pueyrredon. También demuestra el funcionario

virreinal estar perfectamente enterado de los secretos acuerdos existentes entre la Corte portuguesa y los dirigentes logistas de Buenos Ayres, así como de los manejos diplomáticos de la Santa Alianza que ya "*había metido también la mano*" en los asuntos platenses y, asimismo, estaba al tanto de los compromisos ingleses, — sin duda alguna asumidos por propia iniciativa y con mucho interés dadas sus viejas pretensiones relacionadas con los negocios del Río de la Plata —, encaminadas a "*tomar parte muy activa en los asuntos*" de la Banda Oriental con la expresa finalidad de "*destruir a Artigas*".

Antes de pasar a la segunda parte de esta nota me importa mucho destacar, en breve *ex cursus*, la similitud existente entre aquella tremenda coalición de intereses y poderes desatada en 1817 para "*destruir a Artigas*" con las que los mismos asociados llevaron adelante a sangre y fuego: contra Rosas durante el lapso que incluyó nuestra Guerra Grande, luego contra el Presidente Constitucional don Bernardo Prudencia Berro y, finalmente, contra el Paraguay en oportunidad de la triste empresa de la Triple Alianza. En todo esos lamentables episodios, las tropas portuguesas-brasileñas en el primero, brasileñas y mercenarias después —, coincidieron impulsando, sosteniendo y facilitando las campañas militares: los grupos dirigentes de los puertos de Buenos Aires y Montevideo, la política expansionista de los diplomatas cariocas y, majestuoso, soberbio, omnipotente, el poder imperial y los intereses mercantiles de la Gran Bretaña.

2. El disputado de la Santa Alianza en el Plata; agente ruso?

La noticia que don Antonio Garfias transmitió a Juanicó el 6 de junio de 1817 relativa a la próxima ida al Río de la Plata de "observadores" de la Santa Alianza ("*vienen muy luego diputados de la Europa*"), pronto quedó confirmada.

Antes de entrar al relato y examen de la llegada y actuación de aquel diputado, interesa saber cual era en aquel momento la situación política en que se encontraba Suecia, cuyo gobierno vendría a representar, al menos en los papeles, el personaje que luego vamos a conocer.

Empecemos por decirlo: Suecia era en la época, por las razones que enseguida se exponen, — como lo eran en mayor o menor medida las demás naciones de Europa Continental miembros de la Santa Alianza —, instrumentos de la política rusa que, ya lo vimos, había pasado a ejercer papel hegemónico en el seno de aquel concierto absolutista. Seguramente el caso de Suecia era el más notorio ya que en el curso de las guerras que desde el comienzo del siglo XVIII mantuvo con Rusia, el país que fuera por cente-

nios poderosa potencia báltica, había soportado, derrota tras derrota, la pérdida de inmensos territorios que antaño hacían de aquel mar un verdadero lago sueco. Veamos: en 1721 como consecuencia de los tratados de Estocolmo y Nystadt, Suecia perdió Stettin, parte de Pomerania y las islas de Usedom y Wollin, cedidas a Prusia; Verden que pasó a Hannover, y Livonia, Estonia, Ingerman y parte de Carelia entregadas a Rusia. Una nueva guerra con esta última potencia (1741-1743) finalizó con un nuevo sacrificio por parte de Suecia que debió entregar a su vencedora la parte de Careli que aun conservaba; finalmente a principios del siglo XIX nuevos enfrantamientos militares sostenidos contra Rusia y Dinamarca trajeron como consecuencia la pérdida de Finlandia que desde hacía siglos mantenía bajo su dominio. Em 1809, destronado el rey nativo, Bernadotte, un mariscal frances, asumió la dirección del Estado con el apoyo de Napoleón. Pese a esa ayuda, en 1812 Bernadotte se unió a la coalición contra el imperio bonapartista recibiendo Suecia, como contrapartida de su participación en la derrota francesa, aprobación de la Santa Alianza para unirse o anexarse a Dinamarca. (1814).

Rusia, transformada en árbitro de la política de la Europa Continental, domina política y militarmente la situación de Suecia, por consecuencia Bernadotte dependía de la buena voluntad del Zar para obtener, como obtuvo, su confirmación como soberano de la nación nortefía.

Tal era la situación en 1817, tiempo en que como sabemos el Zar Alejandro competía con Inglaterra cuyos intereses y avances en la América hispana, en nuestro caso en el Rio de la Plata, le interesaba obstaculizar.

Llegamos así al momento de conocer al tan anunciado diplomático europeo, cuya poco publicitada, por no decir secreta misión es escasamente conocida, habiéndose referido a ella Jaime E. Caffas en un trabajo publicado en la revista bonaerense "El primer agente ruso", *Todo es Historia* (Año III, Nº 30, octubre de 1969, pp 42 siguientes).

El tal emisario se llamaba Juan Adan Graaner (1782-1819) y era un oficial de marina sueco que, enrolado en el ejército actuó en la campaña de Alemania contra Napoleón. Ostentaba el grado de mayor cuando, en 1816, hizo su primer viaje al Plata. "*Su llegada fue un tanto misteriosa, dice el autor citado, pero debió estar muy recomendado porque poco despues de su arribo estrechó relaciones con personalidades (lautarinas) del gobierno*". Una de ellas fue precisamente el Director Juan Martín de Pueyrredon, cabeza visible en Buenos Aires de la Logia Lautaro; otra, don Manuel Belgrano, principal impulsor de los planes monarquistas en el Congreso de Tucuman. En esta oportunidad Graaner llegó hasta esa ciudad dal interior argentino donde se celebraba la magna reunion de diputados que el 9 de julio de 1816 proclamó la Independencia de las Provincias Unidas. Graaner fue el

único personaje que asisitiera a este acontecimiento.

Regresado a Suecia en mayo de 1817 rindió un extremo y pormenorizado informe a Bernadotte en el que examinaba la situación económica, social, militar y política del area visitada, incluyendo expresas referencias y comentarios sobre la geografía de la comarca.

Tanto impresionó a Bernadotte, — o a los agentes del zar ruso en Estocolmo —, y por consecuencia al árbitro continental, la eficacia de Graaner y sus informaciones sobre el Rio de la Platay acerca de los planes monárquicos que en ese momento se debatían a propuesta de Belgrano, que al finalizar el año, — y con esto se cumplían los anuncios de Garfias sobre la venida de *“disputados de la Europa”* —, se decide el regreso de aquel militar, esta vez con encargo diplomático y la propuesta de establecer relaciones entre Suecia y las Provincias Unidas. Graaner, por intermedio de don Antonio Escalada se vincula ahora con San Martín, que había llegado a Buenos Aires con los laureles de sus victorias en Chile. En el invierno de 1818 se dirige a Chile con cartas de recomendación de San Martín para su “hermano” de logia O’Higgins. Recorrió Graaner el país trasandino de un extremo a otro, sus relaciones oficiales le posibilitaron, incluso, obtener una concesión minera. A fines de 1819 Graaner se embarcó de regreso a su patria, via Pacífico, pero su viaje terminó en Londres. La diplomacia inglesa había triunfado una vez más y los planes imperiales de Rusia, no únicamente por el desenlace de este episodio, quedaron postergados *sine die*, lo mismo que quedó postergado, no olvidado, su interés por relacionarse y conocer todo lo referente a nuestra América Meridional.

Mario Belgrano, descendiente del procer argentino, se refiere en estos términos a estas incursiones en nuestra comarca del militar noreuropeo: *“La llegada de Adán Graaner es muy misteriosa. Se produce cuando la caída de Napoleón y cuando la Santa Alianza, en particular el “Grupo Continental”, vale decir Prusia, Austria y Rusia, pretendían intervenir en la recuperación de las colonias hispanas. Y sobre todo cuando existía una rivalidad geopolítica entre Inglaterra y Rusia. La primera pretendía la supremacía marítima y un equilibrio de las llamadas potencias continentales. A su vez Rusia basaba su acción geopolítica en la supremacía continental y el equilibrio de las potencias marítimas como Inglaterra, España y la misma Francia. Al final se impuso la astucia de Londres sobre los objetivos del Kremlin.*

Uno de los problemas más importantes que trató el Congreso de la Santa Alianza (Congreso de Viena, noviembre de 1814 a junio de 1815) es el proceso de recuperación por parte de Fernando de las colonias; lo que en cierto modo fue impedido por Inglaterra, ya que la emancipación de las mismas le había abierto y le abría un fabuloso mercado para cubrir

*ampliamente su producción manufacturera y sus negocios (. . .) Jean-Baptiste Bernadotte (1763-1844) estaba sujeto a la política del ruso Alejandro I, — el verdadero triunfador en el Congreso de Viena —, por cuanto su candidatura al trono de Suecia (fué príncipe heredero de 1810 a 1818) dependía de lo que resolviera la Santa Alianza en donde el Zar pesaba mucho. Graaner era un agente directo de Bernadotte e indirecto del Zar Alejandro I, quien ya miraba con atención los sucesos del Río de la Plata . . .” (Citado en *Todo es Historia*, oportunidad y opus citados).*

Con esta evaluación, hecha por el autor argentino, del misterioso e importante suceso que representó la venida al Río de la Plata de aquel agente de la Europa Continental, — prenunciada, la última, por don Antonio Garfias —, finaliza el trabajo de exhumación, presentación y ubicación en el contexto histórico de la época de los dos inéditos documentos que lo motivaron; sólo restan ahora algunas consideraciones finales respecto a esta frustránea incursión de un agente del interés ruso en la zona platense.

Es del caso señalar que en el todo de la política ecuménica de Rusia, los planes y preocupaciones de Alejandro I no fueron abandonados; tampoco la política antiliberal de la Santa Alianza para Europa y, específicamente, para España y para la ayuda de ésta en su empeño por recuperar sus colonias americanas. Si bien es cierto que el fracaso de aquellos proyectos quedaron patentizados con el éxito, aunque transitorio, de los simultáneos levantamientos liberales ocurrido en Portugal (Oporto, promovido por miembros de la Logia Sinedrio) y en Madrid. Ellos abrieron el camino a la instalación de monarquías constitucionales en los estados de la península Ibérica, durante el lapso conocido como Trienio Liberal (1820-1823). Esa primavera finalizó como consecuencia de la invasión a España de las tropas francesas, los “Cien mil hijos de San Luis” (7 de abril de 1823), que pronto obtuvieron triunfos militares decisivos que permitieron a Fernando VII repudiar por segunda vez la Constitución de 1812. Ese acontecimiento elevó el nivel protagónico de Francia en el Continente, en directo desmedro de los avances logrados por Rusia.

En cuanto a los planes de predominio, a los afanes de protagonismo decisivo de la potencia euro-asiática considerados en el verdadero tiempo histórico, ellos ni fracasaron ni recesaron; la tenacidad rusa venció a la diplomacia inglesa desde que, — si bien es cierto que por entonces otra nación anglosajona, los EE.UU. tomó el lugar que transitoriamente abandonó Rusia en el duro enfrentamiento por obtener la hegemonía sobre las Des-Unidas patria iberoamericanas —, a partir de la Segunda Guerra Mundial la situación de 1817 vuelve a plantearse y la potencia ahora desplazada es aquella que entonces predominó.

Siendo esto así es preciso concluir que si el Patriarca Jeremias puede ser considerado un Profeta debido a sus afirmaciones del siglo XVI, Alexis Tocqueville, por sus predicciones de 1834, debe ser calificado como el más profundo politólogo de su tiempo; exacto clarividente, si tenemos en cuenta el puntual cumplimiento que han tenido aquellas sus tempranas, concluyentes previsiones.

NOTAS

¹Nichael P. Costeloe en su trabajo "Martin de Garay y las revoluciones de independencia en la América Española (1813-1823), en *Revista de Indias* N^o 176, comprueba: *En realidad, la cuestión americana fue posiblemente el único problema en el que las posiciones de todas las tendencias ideológicas coincidían, hasta el punto de que las políticas de los liberales de Cádiz (1810-1814) y Madrid (1820-1823) durante los dos períodos de gobierno constitucional difirieron muy poco de las aplicadas a lo largo de los años del gobierno absolutista de Fernando VII (1814-1820) y (1823-1833). Los dos regímenes adoptaron la misma respuesta y aplicaron casi las mismas políticas. La meditación británica o la de cualquier otra potencia extranjera, fue analizada en Cádiz, por primera vez en 1810 y luego constantemente examinada hasta los últimos años de la década de 1820. Los liberales de Cádiz y, en consecuencia, todos los gobiernos españoles hasta la muerte de Fernando VII, exploraron todos los caminos posibles: negociaciones directas con los rebeldes, envío de mediadores, ofertas de concesiones y reformas y, sobre todo, el aniquilamiento militar de los rebeldes. Por lo tanto, hombres de todas las tendencias políticas compartieron el objetivo global de conservar el imperio"* (pags. 471-472).

²H. Baumgarten, *Geschichte Spaniens*, I, 161. Para los navios rusos que se hundieron en puerto, vid. Saralegui y Medina, *Un negocio escandaloso*, 1904. Tomado de Raymond Carr, opus citado, Barcelona, 1983. Nota 4, pags. 129.

* Coordinadora Nacional de Historia y Estudios Conexos.
Casilla de Correo, n^o 6311.
Montevideo – Uruguay.